

tiene levadura está animado; como los Nazarenos, practican las purificaciones judaicas. » Signen las maldiciones: « Que el Patriarca y sus sectarios sean anatematizados con todos estos herejes, con el diablo y sus ángeles. » El Patriarca contestó al anatema con el anatema: « Hombres impíos, salidos de las tinieblas del Occidente, han venido á esta piadosa ciudad, desde la cual se han extendido por el mundo las fuentes de la fe ortodoxa, y han tratado de corromper la sana doctrina por la diversidad de sus dogmas; han tenido la impudencia de poner sobre el altar un escrito anatematizándonos con todos aquellos que no se dejan arrastrar por sus errores. » En seguida enumera el Patriarca estos errores; lo que le parece más insoportable es la jactancia de los legados romanos: « Dicen que no han venido á Constantinopla para discutir, sino para instruirnos é imponernos sus opiniones » (1).

Estas palabras del Patriarca explican los anatemas con que las dos Iglesias se atacan y el odio que las separa. El orgullo de los Latinos aspira á la dominacion universal; la vanidad de los Griegos se niega á aceptar la ley de hombres bárbaros. Es la division del Occidente y del Oriente, de Roma y de Grecia, transportada á la Iglesia. La armonía es imposible. La omnipotencia misma de los emperadores fracasa; podrán violentar al Patriarca, pero los sentimientos de un pueblo no pueden violentarse (2). Para impedir el cisma hubiese sido necesario nada ménos que convertir á los Griegos en Latinos.

(1) *Epistola Michaelis ad Petrum Antiochenum*, ap. COTELER., *Monum. Ecclcs. græc.*, p. 144, núm. 15: τὸ δε παντων βαρύτερον καὶ ανυποσιότερον καὶ τὴν ἀποβολαν αὐτῶν ἐκ τοῦ περῶντο; ἐμφαίνον τοῦτο ἐστὶ. λέγουσι γὰρ, ἐτι οὐ διδαχθῆσόμενοι, ἢ διαλεχθῆσόμενοι, τὰ ἐνταῦθα κατέλαβον, ἀλλὰ διδάζοντες, μᾶλλον καὶ πείσοντες κρατεῖν ἡμᾶς τὰ δόγματα τούτων. καὶ ταῦτα μετ' ἐξουσια; καὶ ἀναισχυντίας ὑπερβαλλούσης. — C. GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, l. § 42, notas i, k; — FLEURY, *Historia Ecclesiastica*, libro LX, §§ 10, 12.

(2) Hubo en Constantinopla una sedicion contra el Emperador, á quien el pueblo creia dominado por los legados del Papa. Constantino se vió obligado á ceder. (BARON. *Annal.*, 1059, § 19.)

N.º 3. — *Tentativas de union.*

La antigua division del Oriente y del Occidente se reprodujo en el seno de una religion una por esencia. No es que el dogma de los Griegos difiera fundamentalmente de la fe romana; cuando se examinan los puntos de doctrina que separan á los Latinos y á los Griegos, admira que semejantes miserias hayan ocasionado tan grandes trastornos: pudiera decirse que la Iglesia oriental va buscando futilidades que, sin comprometer su ortodoxia, le autoricen para separarse de la Iglesia dominante. Las causas teológicas del cisma son dignas de la ironía de Voltaire: « La mayor censura que Focio dirigia á los Latinos versa sobre el proceso del Espíritu Santo; decir que el Espíritu Santo no procede únicamente del Padre, sino tambien del Hijo, es renunciar al cristianismo. Los demas motivos del anatema eran que los Latinos se servían de pan sin levadura para la Eucaristía, comían huevos y queso en cuaresma, y que sus sacerdotes se afeitaban la barba. ¡Extraña razon para indisponer al Oriente con el Occidente! » (1).

Estas necedades teológicas produjeron un odio que resistió á la accion de los siglos. No hay antipatía más invencible que la que tiene su principio en las creencias religiosas; ¡cosa horrible, el odiar se hace casi un deber! En efecto, ¿no son enemigos de Dios aquellos á quienes se odia? Los papas no dejaban de echar en cará á los Griegos sus innumerables herejías: « ¿Cuándo han estado los Griegos sin algun error, ya bajo la inspiracion del Patriarca, ya bajo la locura del Emperador, y aún más frecuentemente por la complicidad de los dos? » Los Griegos contestaban acusando á la Iglesia latina de barbárie y de ignorancia (2). Se burlaban del

(1) *Ensayo sobre las costumbres*, c. 31.

(2) En el siglo X, Luitprando, embajador de Oton, fué á Constantinopla. Los Griegos le preguntaron qué concilios se reconocian en el Occidente; el obispo latino contestó citando los concilios generales admitidos en toda la cristiandad. « Os olvidais, le dijeron los Griegos riéndose á carcajadas, del concilio sajón; nosotros no lo tenemos en nuestras colecciones porque es bárbaro, y no nos ha llegado todavía. » Luitprando respondió: « Nuestra fe es ruda, pero sencilla; la vuestra es sábia, pero tocada de herejía. Entre los Sajones no se conoce la here-

pretendido poder divino del Pontificado; no puede darse más razón, decían, sino el que Jesucristo ha sido crucificado por soldados romanos (1). Acabaron por tratar á los Latinos de herejes y de excomulgados (2). Preciso es recordar el horror que inspiraban los condenados á los elegidos para formarse una idea del odio que estas recíprocas acusaciones de herejía sembraron entre los Griegos y los Latinos. Dicese que los patriarcas se atrevieron á predicar que matando á los Latinos se alcanzaba la remision de los pecados; lo cierto es que en el siglo XII, con la ayuda de las pasiones políticas, se extravió el odio de los Griegos hasta el asesinato de los ancianos, de los niños y de los enfermos (3).

¿Cómo, habiendo llegado á este punto de delirio, pudieron los Griegos y los Latinos concebir proyectos de union? Roma tenía el genio y la ambicion de la unidad; convencida de que debía á Jesucristo la supremacía sobre la cristiandad, creyó seguir la voz de Dios, llamando al seno de la Iglesia universal á los desgraciados á quienes extraviaban las creencias heréticas. Los Griegos no han sentido jamas esta necesidad de la unidad; si algunas veces se aproximaron á los Latinos, jamas fué por conviccion sincera; las invasiones incesantes de los Bárbaros del Oriente fueron las que les obligaron á buscar un apoyo entre los belicosos pueblos de la Europa. Pero la antipatía de las razas y de las creencias tenía tanta fuerza, que triunfó lo mismo sobre el genio de Roma que sobre el interes político de los Griegos.

A fines del siglo XI, sintiéndose los Griegos impotentes para rechazar la oleada bárbara que amenazaba envolverlos, imploraron el auxilio de los Latinos. Los cruzados salvaron á Constantinopla. Entónces comenzaron tentativas de union que se prolongaron hasta la caida del imperio de Oriente. En 1097 se ocupó

ja; allí no se baten con la pluma, sino con la espada; se prefiere la muerte á la cobardía.» (LUITPRANDI *Legatio ap. MURATORI, Scriptor*, t. II, p. 482.)

(1) HALBERSTADT, *Chronica*, a. 1202, en LEIBNITZ, *Scriptor*, t. II, p. 144.

(2) Véanse los testimonios en THOMASSIN, *Discipl. Eccl.*, Part. II, lib. I, c. 15, §§ 8 y 13.

(3) Al advenimiento de Andrónico, en 1182, el barrio de los Latinos en Constantinopla fué reducido á cenizas; los Griegos querian exterminarlos; no perdonaron ni áun las iglesias; fueron quemadas con todos aquellos que se habian refugiado en ellas (GUILL. DE TYR, XXII, 10).

un concilio de la reunion de las dos iglesias. Asistió á él un teólogo filósofo: Anselmo, segun Guillermo de Malmesbury (1), refutó la doctrina de los Griegos acerca del proceso del Espíritu Santo, con tanto vigor que los Latinos llegaron al colmo de la alegría (2). Debemos creer que la argumentacion del ilustre filósofo no pareció tan evidente á los Griegos, porque no se dieron prisa alguna á abandonar sus creencias. El año 1116 encontramos todavía en la córte del emperador Alejo un teólogo de la iglesia latina, el arzobispo de Milan; hizo un discurso al Emperador acerca del proceso del Espíritu Santo (3). El analista romano no deja de decir que esta leccion de teología causó una profunda impresion sobre los Griegos, pero sucedió lo que sucede siempre en los debates de religion: ambos partidos se confirmaron más y más en lo que cada cual consideraba como la verdad.

A mediados del siglo XI, el emperador Lotario envió un embajador á la córte de Constantinopla. El obispo de Haselberg aprovechó la ocasion para entrar en discusion con los Griegos. Era éste un hombre piadoso para quien el cisma era un gran escándalo; no sabía cómo conciliar la verdad de la doctrina cristiana con los disentimientos de la iglesia oriental. Hubo conferencias solemnes en la iglesia de la *Santa Paz* (4). El obispo latino dijo que no iba á disputar, sino á averiguar la creencia de los Griegos y á ocuparse de la de los Latinos (5). Los Griegos alabaron mucho esta humildad; se quejaron amargamente del orgullo de los teólogos latinos que, «satisfechos con su escasa ciencia, pretendian oscurecer la elevada sabiduría de la Grecia por medio de las nubes de sus sofismas» (6). Así se traslucian hasta en las discusio-

(1) W. MALMESBURIENS., *De Gestis Pontificum*, lib. I, p. 223: «Ita pertractavit questionis latera, ut Latini clamore testarentur gaudium, Græci de se præberi dolerent ridiculum.»

(2) MANSI, XX, 948.

(3) BARON. *Ann.*, a. 1116, § 14 y sig.

(4) Estas conferencias, en forma de diálogos, se hallan en D'ACHERY, *Spicilæg.*, t. I.

(5) *Dialog.* I, 1 (D'ACHERY, p. 163).

(6) «Qui in supercilio suo ad nos venientes, scientiam suam voluerunt ostendere, et conati sunt fastu superbiæ magnam Græcorum sapientiam sophisticis nebulis obscurare, vel etiam, si possent opprimere.» *Dialog.* II, 21 (D'ACHERY, página 186).

nes amistosas las causas profundas é irremediables del cisma: la vanidad griega no podía hermanarse con el orgullo romano. El obispo latino, por muy dulce que fuese, hirió á sus adversarios en lo vivo exaltando la Iglesia romana, única que había recibido de Dios el privilegio de permanecer pura de todo error, al paso que la Iglesia griega era como «el receptáculo de todas las inmundicias heréticas» (1). A esta censura repetida con tanta frecuencia, el interlocutor de Anselmo respondió, no sin ironía y con una profunda razón, que la Iglesia romana debía la pureza de su fe á su ignorancia y á su incapacidad: «Careciendo del genio filosófico de la Grecia, preocupada con los cuidados de los negocios políticos, había permanecido extraña al movimiento del pensamiento, contentándose con creer lo que otros habían enseñado.... ¿Cómo habían de someterse los Griegos á Roma? Es lo mismo que si un maestro ilustre tuviese que reconocer las leyes de un mediano discípulo» (2). La pretendida supremacía del Papa no era á sus ojos más que tiranía; no podían resignarse á aceptar como oráculo lo que un obispo quería disponer desde lo alto de su grandeza y á su capricho: «¿De qué nos serviría nuestra ciencia de las Escrituras? ¿de qué nuestros estudios literarios y los genios que han ilustrado á la Grecia? No habría más que una autoridad, la de la Sede de Roma; no habría más que un señor, el Papa; la Iglesia entera sería la esclava de un hombre» (3).

Las conferencias teológicas no podían dar resultado; aunque las dos Iglesias se hubieran entendido en cuanto al dogma, el cisma hubiera seguido dividiendo lo mismo á los dos pueblos. Había obstáculos invencibles para la unión; la supremacía divina del Papa que tendía á la monarquía universal, y la vanidad de la raza griega, que reclamaba para sí tanto el imperio temporal como el dominio de la inteligencia (4). La oposición estalló en las nego-

(1) «*Omnes sordes hereticæ pravitatis semper hic domicilium et quasi proprium nidum habuerunt.*» *Dialog.* III, 6 (D'ACHERY, p. 195).

(2) *Dialog.* III, 11 (D'ACHERY, I, 198).

(3) *Dialog.* III, 8 (D'ACHERY, I, 196).

(4) Los Griegos no querían reconocer ni Papa ni Emperador en el Occidente. Véase el testimonio de JUAN CINNAMUS, historiador del siglo XIII, citado por GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 93, nota e.

ciaciones que al principio del siglo XIII siguieron el Emperador de Constantinopla é Inocencio III. El Papa tenía la convicción de su misión divina: jefe espiritual de la cristiandad, dominaba á los reyes y á los emperadores del mismo modo que el alma domina al cuerpo; su grandeza eclipsaba la monarquía, lo mismo que el resplandor del sol oscurece la débil claridad de la luna. El Emperador se negó á aceptar una supremacía que hubiera hecho de él, verdadero sucesor de los señores del mundo, el vasallo de un obispo (1). La toma de Constantinopla por los Latinos pareció á Inocencio el juicio de Dios sobre una raza obstinada en su desobediencia (2): «El que distribuye los reinos ha trasferido el imperio de Oriente de un pueblo orgulloso y cismático á un pueblo humilde y adicto á la Iglesia. ¡Admiremos lo que el Señor ha hecho!» (3). El gran Papa creía que la caída del imperio griego pondría fin al cisma. Inocencio se engañaba; la división estaba en los espíritus; la fuerza no podía establecer la concordia. Las Cruzadas, poniendo en contacto las dos razas, no hicieron más que aumentar su antipatía. Los Griegos se creían manchados por el comercio con los Latinos; lavaban los altares en que habían celebrado los sacerdotes romanos, volvían á bautizar á los que ellos habían bautizado (4). El emperador Balduino escribe á Inocencio III: «Los Griegos llaman perros á los Latinos; casi cuentan entre las acciones dignas de aplauso el derramamiento de nuestra sangre» (5). No se quejaban menos los Griegos de la crueldad y de la intolerancia de sus vencedores: «Los Sarracenos han tratado á Jerusalem con más humanidad; no han violado á las mujeres; no han cubierto de cadáveres el sepulcro de Cristo; no han desahogado su rabia con la espada, el incendio, el pillaje y el hambre como vosotros que os llamáis cristia-

(1) *Gesta Innocentii*, c. 60, 62, 63.

(2) «*Divinum videtur fuisse iudicium ut qui tamdiu misericorditer tolerati, noluerunt redire ad Ecclesie unitatem, amitterent locum et gentem.*» *Gesta Innoc.*, c. 93.

(3) INNOCENT. *Epist.* VIII, 154: «*Hæc est profecto dextera Excelsi mutatio, in qua dextera Domini fecit virtutem, ut sacrosanctam romanam Ecclesiam exaltant, dum filiam reducit ad matrem, partem ad totum, et membrum ad caput.*»

(4) *Concil. Lateran.* IV, a. 1215, c. 4 (MANSI XXIII, 989).

(5) *Gesta Innocentii*, c. 92.

nos» (1). La intolerancia católica se mostró tan implacable contra el cisma como contra las herejías: la iglesia griega tuvo sus mártires (2). ¿Debemos admirarnos de que el odio de los Griegos no hiciese más que crecer con la dominación de los Latinos?» (3).

Al lado del Imperio latino de Constantinopla se elevó un Imperio rival. Los césares griegos trataron de conciliar las simpatías del Occidente haciendo ofrecimientos al Papa para la unión de las dos Iglesias (4); pero la unión era ménos posible que nunca. El Pontificado había llegado al apogeo de su poder; la dominación de Roma cristiana amenazaba al Occidente con la misma opresión que había arruinado á los pueblos bajo el imperio de la Roma pagana. Los Griegos, aún viéndose obligados á recurrir al apoyo de la Santa Sede, protestaban de antemano contra los abusos de la dominación pontificia. El Patriarca confiesa que los Griegos temen las injustas opresiones, las crueles exacciones de dinero y las servidumbres inmerecidas que los papas imponían á los fieles: «La Iglesia romana se ha convertido de madre en madrastra; ha alejado de sí á sus hijos á la manera del ave de rapiña que arroja sus pequeñuelos. Cuanta más obediencia y humildad le muestran sus hijos, más los oprime..... Reune el oro y la plata de todas partes de donde puede sacarlo; impone tributos á los reinos, olvidando los preceptos de Cristo que dice: *El que se humille será ensalzado..... El oro y la plata no están conmigo.*» ¿Qué responde el Papa á estas acusaciones? Reivindica atrevidamente las dos espadas (5); «la espada espiritual la emplea la Iglesia por sí

(1) NICETAS, c. 6, p. 369.

(2) Véase la narración de un anónimo en ALLATIUS, *de Ecclesiæ occidentalis atque orientalis perpetua consensione*, II, 13, p. 694. ALLATIUS, cismático converso, léjos de maldecir las crueldades cometidas por los Latinos, las aplaude: «*Opus erat, effrænes propriaque fidei rebelles et veritatis oppugnatores non exilio, sed ferro et igni in sanioerem mentem reducere. Hæretici proscribendi sunt, exterminandi sunt, puniendi sunt et pertinaces occidendi, ore mandi.*»

(3) INOCENCIO mismo confiesa que la conducta de los Latinos excusa el odio de los Griegos y su aversión hácia la Iglesia romana. (*Gesta Innocentii*, c. 93.)

(4) En 1232. Véanse las cartas del patriarca griego al Papa y á los cardenales, en MATTH. PARIS, a. 1237, p. 386 y sig.

(5) «*Uterque gladius Ecclesiæ traahitur.*»

misma; la otra debe ser desenvainada por los reyes en favor de la Iglesia, á la primer insinuación del sacerdote» (1).

En vista de las pretensiones de Roma y de las repugnancias de Constantinopla, ¿á qué podían conducir las negociaciones? Abriéronse conferencias en Nicea entre los enviados del Papa y los teólogos griegos. Nada más insípido, nada más tonto que la discusión de las disidencias que separaban á las dos Iglesias (2). Los Griegos, según los Romanos, no trataban más que de alargar los debates; usaban de argucias y empleaban toda su sutileza en hacer concesiones que no concedían nada (3). Sin embargo, el Emperador deseaba un acuerdo; creyendo que los teólogos podrían transigir lo mismo que los políticos, propuso á las dos Iglesias que cada cual de ellas abandonase parte de sus pretensiones: «Sabed, respondieron los nuncios, que la Iglesia Romana no cederá jamás en un ápice de su fe; los que quieren la unión deben creer lo que ella cree.» Los dos partidos se despidieron tratándose de herejes y excomulgados.

La caída del Imperio latino de Constantinopla pareció al principio favorable á la unión. El trono de los Paleólogos, apenas restablecido, se veía seriamente amenazado por la ambición de Carlos de Anjou, fuerte con su genio de conquistador y con el apoyo del Pontificado. El Emperador no tenía más que un medio de conjurar la tempestad; reconoció la supremacía de Roma (4). Por su parte el Papa, viendo escapársele el Oriente, se agarró con satisfacción á esta última tabla de salvación. Hé aquí al Papa y al Emperador de acuerdo. Pero ¿cómo obtener el asentimiento de la Iglesia griega? Los obispos obedecían servilmente las órdenes del Emperador, pero esta obediencia tenía un límite, y era que el Jefe del Estado no hollase la ortodoxia griega reconocien-

(1) «*Ad nutum sacerdotis.*» M. PARIS, a. 1237, p. 327.

(2) RAYNALDI *Annal. Eccl.*, a. 1233, §§ 5-15.

(3) Los nuncios preguntaron á los Griegos si creían que el Espíritu-Santo no procedía del Hijo. Respondieron: nosotros no creemos que proceda del Hijo. No es esto, replicaban los nuncios, lo que preguntamos, sino si creéis que no procede del Hijo. Los Griegos escaparon de una confesión formal, haciendo á su vez una pregunta á los Romanos. ¡Qué galimatías!

(4) RAYNALDI. *Annal. Eccl.*, a. 1263, §§ 58-60. *Epistola Michaelis Paleologi ad Papam.*

do la supremacía romana. El clero mostró una viva repugnancia hacia los proyectos de Miguel Paleólogo; le manifestó que queriendo apartar el peligro de una guerra extranjera, corría riesgo de encender una guerra civil. El Emperador trató primeramente de probar que los artículos de la unión eran insignificantes, que la Iglesia griega conservaría en realidad su independencia; además amenazó con perseguir á los que se opusiesen como culpables de lesa majestad. Los obispos cedieron al parecer (1). El Concilio general de Lyon, de 1274, consagró la unión de los Latinos y de los Griegos. El Papa derramó lágrimas de alegría (2) al ver al mundo cristiano convertido á la unidad; no sospechaba que la unión no era más que una intriga política, reprobada por la masa de la nación: los ortodoxos huían de los unionistas como de seres impuros, hasta el punto de no querer comer, ni beber, ni aún hablar con ellos (3). El Papa mismo perdió toda ilusión; excomulgó al Emperador acusándole de favorecer el cisma (4). Se ha acusado á Martin de Anjou, á pesar de que Miguel Paleólogo cumplió con todas sus obligaciones (5). Si el Papa fué culpable de algo lo fué de haberse precipitado. Solamente el Emperador era partidario de la unión; á su muerte, el cisma reapareció, ó por mejor decir, no había dejado jamás de existir. Andrónico revocó solemnemente la unión. La Iglesia griega se purificó como si hubiese sido manchada por su comunión aparente con los Latinos. Andrónico negó los honores de la sepultura á su padre; se rociaron con agua bendita los templos y las sagradas imágenes, y se sometió á penitencias á los que habían aceptado la unión (6).

Las victorias de los Turcos ponen de nuevo á los emperadores á los pies de los papas. Los Bárbaros están á las puertas de Cons-

(1) PACHYMER. *Hist. Michaelis Paleologi*, v, 18, 19.

(2) RAYNALD. *Annal. Eccl.*, a. 1274, § 19;--MANSI, XXIV, 37 y sig.

(3) PACHYMER. *Hist. M. Paleol.*, v, 23.

(4) RAYNALD. *Annal. Eccl.*, a. 1281, § 25.

(5) MAIMBOURG, *Hist. del cisma de los Griegos*, lib. IV (t. II, p. 123-130). La acusación se encuentra ya en un escritor contemporáneo (RAYNALD. *Annal.*, a. 1281, § 26).

(6) PACHYMER. *Hist. Andronici*, I, 2, 5, 6.

tantinopla; el Emperador abjura solemnemente el cisma (1), con la esperanza de que el Occidente tome las armas para salvar los últimos restos del Imperio griego. Pero la abjuración no tiene consecuencia alguna; no son ya los tiempos en que la Europa se levanta á la voz del Vicario de Dios. Por todo auxilio no le puede dar el Papa al Emperador más que cartas para los príncipes latinos. Entre tanto los peligros de Constantinopla van creciendo; se recurre á un último medio para reunir las dos Iglesias é identificar así los intereses de los Griegos con los del Occidente. Un Concilio general se reúne en Florencia; el patriarca con sus obispos toman parte en él. La unión es pronunciada en 1439 (2). Por la primera vez las dos Iglesias parecían de acuerdo: pero después de verificada la unión es cuando se echa de ver que es imposible. Los Griegos había consentido bajo la presión de la mayor de las necesidades; la unión era la única esperanza de su salvación. Á pesar de esto la nación se sublevó contra las concesiones hechas por el clero. Los Padres del Concilio fueron recibidos con injurias y ultrajes; el pueblo los llamaba traidores á la religión, infames apóstatas, renegados; trató al Concilio de Florencia de execrable; los patriarcas de Jerusalén, Antioquía y Alejandría protestaron contra la unión (3). Los Griegos olvidaron los peligros de su Imperio para no pensar más que en el peligro que corría su salvación eterna; prefirieron el yugo de los Turcos á la dominación de los papas (4).

Los historiadores católicos califican la conducta de los Griegos de obstinada é insolente (5); ven en la servidumbre que pesa sobre los desgraciados descendientes de los Helenos un castigo de su cisma (6). ¿Por qué insultar á una gran nación que mue-

(1) RAYNALD. *Ann. a.* 1355, § 34, 1369, § 2.

(2) LABBE, *Concil.* XIII, 510 y sig.

(3) ALLATIUS, *De Ecclesiis occident. et oriental. perpetua consens.* III, 4, p. 939 y sig.

(4) Un monje dice que valía mucho más que dominase en Constantinopla el turbante que el capelo de un cardenal (DUCAS, c. 37;-- MAIMBOURG, *Historia del cisma*, libro VI). GERSON, en su discurso sobre la unión de los Griegos, dice: «*Etiám potius se verterent ad Turcos quam ad Latinos.*» (*Op.* t. II, p. 143.)

(5) MAIMBOURG, libro IV, t. II, p. 295.

(6) MAIMBOURG, libro VI, t. II, p. 307: «Así es como los Griegos armaban

re? Hay todavía grandeza en ese generoso movimiento que eleva á los Griegos por encima de su interes: preferir la muerte al abandono de su fe no es una accion que merece el desprecio. Indudablemente hay un juicio de Dios en la caida de Constantinopla; es el último término de una larga decrepitud. Pero la historia del cisma ofrece todavía otras enseñanzas que las que los historiadores católicos quieren sacar de ella. Los Griegos y los Latinos tenian en el fondo la misma fe; no diferian más que en algunas costumbres y en sutilezas teológicas. ¿Por qué no les dejó Roma una existencia independiente que no fuese obstáculo para la unidad cristiana? Roma se negó, porque no consentia ninguna diversidad de creencia (1). El Pontificado se veia obligado por un dogma inmutable á conservar una unidad de hierro; pero por esto mismo descontentaba á las naciones y las llevaba en cierto modo á sacudir el yugo y á conquistar su independencia. En esta sublevacion la Grecia tomó la iniciativa, solamente ella era una nacion y constituia un Estado. Los pueblos del Occidente seguirán su ejemplo tan pronto como tengan conciencia de sí mismos.

§ II. — Ataques contra el poder temporal del Pontificado.

El Oriente se emancipa de la Iglesia de Roma; el cisma griego es tanto una revolucion contra el Pontificado como una oposicion de razas y de civilizaciones, una protesta contra las pretensiones absorbentes de la unidad absoluta. En el mundo occidental no hay naciones fuertemente constituidas; falta la base para edificar iglesias nacionales. Pero la unidad encuentra otros obstáculos

contra sí, por su impiedad, la justicia divina que se servía de Mahoma y de sus soldados, como se sirve de Lucifer y de los demonios en el otro mundo para ejecutar sus decretos contra los impíos.»

(1) En el siglo XIV los Griegos hicieron proposicion formal de reconocer á la Iglesia romana, con tal que se les dejasen sus creencias. El Papa respondió: «*Hoc esse nullatenus tolerandum, quia in Ecclesia catholica, in qua una fides esse noscitur, quoad hoc duplicem fidem minus veraciter esset dare.*» (RAYNALD. *Annal.*, a. 1339, § 26.)

los: el espíritu de individualismo de los pueblos germanos y la ambicion de la aristocracia episcopal. Para resistir á este doble peligro la Iglesia se concentra en una poderosa unidad. A la fuerza bruta que divide opone el derecho divino que une; los obispos se doblegan ante el Vicario de Jesucristo, porque conocen que la subordinacion es una condicion de salvacion para el poder eclesiástico.

El Pontificado, armado con toda su autoridad divina, funda el poder espiritual llamado á gobernar las almas. Para que la Iglesia pueda llenar esta elevada mision debe tener una accion sobre los hombres de violencia que dominan á los pueblos; reivindica el imperio que corresponde al espíritu sobre el cuerpo, á la razon sobre la fuerza. Estas pretensiones necesarias, providenciales de la Iglesia, conducen á hacer del poder temporal un instrumento en manos del Pontificado. Los reyes resisten á una dominacion que los anula; de aquí la inevitable lucha del Sacerdocio y del Imperio.

Decimos que la dominacion de la Iglesia en la Edad Media ha sido providencial. El poder temporal era presa de la fuerza física y del desorden moral; no podia, pues, pretender dirigir los destinos de los pueblos. El imperio que ejerció la Iglesia en aquel estado social fué el de la inteligencia y de la moralidad. Pero esta dominacion, por su misma naturaleza, era pasajera: era un poder educador, una tutela que debia acabar con la menor edad de los pueblos. La Iglesia no lo entendia así; reclamó un poder absoluto en virtud de un derecho divino. Esta concepcion era falsa, porque no hay más derecho divino para la soberanía que la de las naciones; por tanto, jamas fué aceptada la soberanía de los papas sin contradiccion. El Pontificado encontró una resistencia, siempre creciente, hasta que llegó el tiempo en que las naciones, habiendo llegado á su mayor edad, desecharon una tutela que pretendia perpetuarse hasta el fin de los siglos.

Las protestas contra el poder temporal de los papas nacen con las pretensiones de Gregorio VII. Esta oposicion fué considerada como herética por los partidarios del Pontificado. Pero sucede con las herejías lo mismo que con las utopias: cuando son la expresion de las leyes que rigen á la humanidad, por más que sean ir-

realizables por el momento, les pertenece el porvenir. Tal ha sido el destino de los que combatieron el poder temporal del Pontificado en la Edad Media: soldados del porvenir, debían sucumbir, pero su causa triunfará. Es un consuelo y una fuerza que la historia da á aquellos á quienes su conciencia lleva á ponerse en oposicion con las doctrinas reinantes; si el camino por donde marchan es el de Dios, pueden perecer en la lucha como centinelas perdidos, pero morirán con la conviccion de que la verdad no perece.

La resistencia que encontró el Pontificado no se referia á la fe; el siglo XI no traspasaba los límites del catolicismo. Si la lógica guiase siempre los espíritus, la Edad Media, que reconocia el poder espiritual de la Iglesia, hubiera debido aceptar tambien la dominacion temporal que se deriva de ella, como se deriva una consecuencia de un principio. Felizmente la lógica no conduce los destinos humanos; de otro modo, los hombres que una vez hubiesen caído en el error no saldrian ya de él. Bendigamos, pues, la inconsecuencia del espíritu humano; ella permite á hombres sinceramente católicos el combatir las pretensiones temporales del Pontificado, sin admitiendo su supremacia espiritual. Gracias á esta inconsecuencia, se realiza el progreso. Si los hombres se apercibieran siempre de los últimos resultados de sus acciones, retrocederian generalmente y se detendrian asustados. La oposicion contra el Pontificado era en el fondo una oposicion contra el cristianismo tradicional; pero los opositores no sospechaban esta consecuencia; esto es lo que les dió el valor de resistir á las pretensiones de los papas.

El Imperio fué quien sostuvo la gran lucha contra el Sacerdocio. Los emperadores más audaces no se atrevieron á atacar al poder espiritual de los papas, pero se sublevaban ante la idea de que ellos, los jefes temporales de la cristiandad, que habian recibido su poder de Dios, fuesen sometidos á una autoridad superior. Hé aquí lo que los obispos partidarios de Enrique IV respondieron á Gregorio VII (1): «¿De dónde han sacado los papas el derecho

(1) THEODERICI, *Episc. Virdunensis, Epist. ad Gregorium*, a. 1080 en MARTENE et DURAND, *Thesaurus Novus Anecdotorum*, p. 220: «*Novum est et omnibus*

de tratar á los reyes como mercenarios? ¿de exigirles obediencia? ¿de anatematizarlos? Jesucristo y los Apóstoles nos mandan obedecer á los poderes constituidos, porque todo poder proviene de Dios. La Iglesia no se ha sublevado jamas contra los emperadores paganos ó herejes. Es una empresa inaudita el querer destruir en nombre de Dios una autoridad constituida por Dios.»

La tesis de los obispos fué sostenida por uno de los suyos en un tratado sobre la *Unidad de la Iglesia* (1). Es una refutacion en regla de la doctrina de Gregorio VII, y, preciso es decirlo, bajo el punto de vista de la Escritura, de la historia y del derecho, el obispo tiene razon contra el Papa. El testimonio de San Pablo es tan claro, que ha sido preciso el espíritu de casuística, unido al interes personal, para desconocerlo: toda alma está sometida á los poderes constituidos, lo mismo los clérigos que los laicos. En vano se funda Gregorio en el poder de atar y desatar; el obispo aleman responde que este poder corresponde á la Iglesia respecto de los pecados, pero que el derecho de absolver á los penitentes no autoriza al Papa á desligar á los súbditos de su juramento de fidelidad. La tradicion es un elemento capital en la doctrina católica; es necesario que una máxima sea antigua, es necesario que sea universal para que sea admitida como artículo de fe. Gregorio VII invocaba la tradicion, pero su adversario le combate punto por punto, el instinto suple en él á la ciencia histórica, que no existia todavía: «No es verdad, dice, que San Ambrosio excomulgase al emperador Teodosio; no le impuso más que una penitencia sencilla, si es que aquello es penitencia. No es cierto que el papa Inocencio depusiese al emperador Arcadio; es una pura invencion, de la que no se encuentra rastro alguno en los historiadores. Lo que la historia nos dice es que ha habido emperadores francamente heréticos, príncipes arrianos, y que la Iglesia, lé-

retro sæculis inauditum, pontifices regna gentium tam facile velle dividere, nomen regium inter ipsa mundi initia repertum, adeo postea stabilitum, repentina factione elidere, Christos Domini, quoties libuerit, plebeja sorte, sicut villicos mutare, regno patrum suorum decedere jussos, nisi confestim acquieverint, anathemate damnare.»

(1) VALTBAMI, *episcopi Naumburgensis, de unitate ecclesie conservanda*. (FREHERI, *Scriptores*, t. I, p. 233-326.)